



LAS MARINAS RIOPLATENSE Y GRAN-COLOMBIANA EN LA EMANCIPACION AMERICANA

Carlos Aguirre Vío

Visión general del proceso de emancipación en la América española

En secuencia casi simultánea con el fin del imperio napoleónico y la etapa restauradora inaugurada por el Congreso de Viena, se desarrollaba la emancipación de las posesiones americanas de España y Portugal.

El proceso de formación de las repúblicas hispano-americanas es uno de los acontecimientos más importantes de las primeras décadas del siglo XIX. Casi toda América quedó independizada, pero también expuesta al imperialismo de las potencias anglosajonas. Sin embargo, de España se conservarían muchos rasgos culturales y, desde luego, los vínculos genealógicos, lingüísticos y religiosos.

A partir del 1800 se hacía notoria cierta inquietud en América, dadas las noticias que se filtraban o que traían los criollos que

regresaban del Viejo Mundo. Algo muy incitante fue saber que las colonias inglesas del norte se habían independizado, luchando nada menos que contra el gran poderío de Gran Bretaña.

Después de Trafalgar (1805), el Reino Unido había quedado seguro de que nadie podría contrarrestarlo. Así fue como el ministro Pitt, que había enviado una escuadra con orden de apoderarse de la colonia holandesa del Cabo, al año siguiente (1806) envió a Buenos Aires una fuerza para prevenir que Napoleón se adueñara de la indefensa Sudamérica. Por su aroma imperialista, dicho desembarco fue rechazado por las milicias que, en ausencia del fugitivo virrey, organizó el Capitán de navío Santiago de Liniers; entonces un cabildo abierto depuso al virrey y lo reemplazó por Liniers, quien sería posteriormente ascendido y confirmado por la Junta de España. Una nueva expedición (1808) tuvo que capitular, constatando así los criollos cuán bien podían sacudir cualquier yugo europeo si se lo prometían.

Este triunfo tuvo una inmensa resonancia en todas las colonias y en España. Alcanzando en nombre de la lealtad al rey, significó el desprestigio de las autoridades peninsulares y demostró la capacidad de los criollos para elegir a sus gobernantes y para derrotar a tropas veteranas de la primera potencia marítima mundial.

Si bien es verdad que la separación de las colonias inglesas, la revolución francesa de 1789 y también la guerra británico-norteamericana de 1812 causaron alguna impresión en Hispanoamérica, mayor impacto produjo en ellas la noticia del cautiverio del rey legítimo don Fernando, ordenado por Napoleón; y saber que sus parientes luchaban allá contra el invasor, dirigidos por una junta establecida en Cádiz. La simpatía por la Madre Patria se hizo entonces sentir; pero luego, ante factores negativos de la situación interna, empezaron a surgir aspiraciones por leyes parejas, según los postulados liberales entonces en boga. Los más exaltados vieron la oportunidad favorable para rebelarse contra las autoridades locales, e incluso hubo precursores que emprendieron acciones armadas de corte independentista.

En otras palabras, de un comienzo caracterizado por la formación de juntas gubernativas amparadas en el ejemplo mismo de España y en las tradiciones jurídicas que habían campeado allá y acá antes del régimen borbónico, se pasó al estado de guerra civil, con victorias y derrotas (1812-26), terminando por imponerse los separatistas, más que nada por el debilitamiento de España a consecuencia de su guerra contra Napoleón (1808-13) y luego por la política reaccionaria que aplicó Fernando VII al recuperar su trono.

España carecía, en todo caso, de un poder naval adecuado para enfrentar conflictos en teatros tan repartidos y distantes, con un océano de por medio y potencias rivales aparentemente dispuestas a apoyar insurrecciones. Todo esto permitió que los criollos formaran a su vez flotillas o escuadras; especialmente Chile, que por mar llevó en 1820 la independencia al Perú y llegó a dominar el Pacífico oriental. Así, puesto que la revolución hispanoamericana se había iniciado a raíz de la invasión de España por Napoleón, tras un largo proceso tenía que llegar a un desenlace a tono con la de los mismos acontecimientos europeos.

El gobierno español, que pasó de manos de la Junta General al Consejo de Regencia, desconoció a las demás Juntas locales. La regencia, influida por los mercaderes ricos de Cádiz, sostenía la tesis de la obediencia debida por las colonias a su autoridad subrogante, por lo cual ordenó a los virreyes de Méjico y Perú, únicos que mantenían su poderío, deponer por las armas los gobiernos salidos de los cabildos.

Esto significó la guerra. Así, a España se le presentaron de partida seis o siete teatros de operaciones casi simultáneos. Las viejas milicias locales traspasaron sus elementos a regimientos de línea recién creados, acaudillados por criollos jóvenes, a veces retornados de Europa, como Miranda y Bolívar en Venezuela, San Martín y Belgrano en la cuenca de La Plata, O'Higgins y los Carrera en Chile, Hidalgo y Morelos en Méjico. Faltaban escuelas de oficiales y las armas difícilmente podían adquirirse en el exterior mientras no se contara con el dominio del mar. En lo naval había que partir sencillamente de cero, salvo en Nueva Granada, desde donde podían conseguirse buques en el Caribe, como lo haría Bolívar en Haití.

La lid en pro o contra de la secesión iberoamericana duró catorce años: de 1812 a 1826. Desde la partida tuvo un carácter de guerra civil. Al comienzo eran poquitos los separatistas; cuando, por el encono que las luchas suelen generar, la opinión dominante se volcó decididamente hacia la independencia, vibró con fuertes manifestaciones de nacionalismo, pero no de un nacionalismo como el actual, sino de índole americanista. En los dos primeros años los juntistas impusieron su posición en encuentros entre grupos reducidos, pero no controlaban el océano. La guerra fue en general de carácter terrestre; sólo Buenos Aires y Chile, y también Nueva Granada, actuaron en el mar con resultados trascendentes.

Redundando en la situación naval de España, baste recordar que no había conseguido reponerse de la derrota de Trafalgar, pese a haber entrado desde 1811 en estrecha alianza con Gran Bretaña. Sólo

en 1814, expulsados los franceses y ya con las manos libres, pudo acentuar su presión sobre América. Un fuerte contingente peninsular encabezado por el general Morillo y destinado al Virreinato del Río de la Plata fue desviado en 1815 hacia el de Nueva Granada, donde los realistas nunca habían dejado de controlar el sur del país y los independentistas se hallaban furiosamente divididos. Entonces se hizo famoso el sitio de Cartagena por los españoles; después de ciento cinco días los defensores fueron vencidos, más por el hambre y las enfermedades que por las armas.

Escenarios de lucha en Sudamérica

El ex-Virreinato de la Plata no sufrió un período intermedio de vuelta atrás, como lo hubo en casi toda Hispanoamérica, pero sí tuvo al enemigo a corta distancia, en la plaza fuerte de Montevideo, protegida por fuerzas navales, lo que de todas formas le significó un período de suspenso. A la vez debió resistir en su frontera norandina el empuje de los recalcitrantes del Alto Perú, que a fines de 1813 habían sorprendido al general Belgrano en la pampa de Vilcapujio y luego en Ayohuma, causándole una derrota completa. Estos últimos acontecimientos fueron comunicados a Chile, pues los dos países habían acordado ayudarse mutuamente. Ya en 1811 Chile había enviado una fuerza de cuatrocientos hombres al mando del coronel López Alcázar para proteger a Buenos Aires; pero mientras el general Rondeau a la cabeza de otro ejército rioplatense estrechaba el sitio de Montevideo, una flotilla naval argentina compuesta de cuatro buques asaltó a las fuerzas bloqueadoras de dicha plaza, permitiendo la captura de Montevideo (17 de Mayo de 1814), hecho notable del almirante Guillermo Brown, que marcó la suerte de la revolución en la vertiente atlántica de Sudamérica.

Simón Bolívar, entretanto, reaccionaba. Con ayuda de buques conseguidos en Haití venció en Angostura (17 de Julio de 1817), en el bajo río Orinoco, y atravesando Los Andes septentrionales (1818), tras la derrota de La Puerta, que lo puso al borde del fracaso, triunfó en la batalla de Boyacá (1819). Recibido en Bogotá como libertador de Nueva Granada, creó ante el Congreso de Angostura, celebrado poco después, la Gran Colombia, unión de los anteriores virreinato de Nueva Granada, capitanía general de Venezuela y audiencia de Quito.

Morillo regresó a España, convencido de la inutilidad de seguir pugnando por la causa ya perdida; pero las tropas españolas siguieron resistiendo en Venezuela, cuya capital libertó Bolívar al derrotar a La Torre en la llanura de Carabobo (1821). Un par de años después el

general Morales abandonaría los últimos reductos españoles en la costa venezolana.

Para entonces, la escuadra chilena de lord Cochrane había mantenido bloqueado El Callao, temporalmente en 1819 y permanentemente en 1820-21. En 1824 los chilenos tuvieron que intervenir nuevamente en Perú, esta vez al mando de Manuel Blanco Encalada, a requerimiento de Bolívar, cuando éste debió concurrir a asegurar la independencia del Perú, amenazada por las fuerzas realistas que San Martín había dejado subsistir en las sierras andinas. La batalla de Ayacucho puso fin a la última pretensión de retroceso al antiguo régimen en la América emancipada.

Las primeras marinas de guerra iberoamericanas

Cuando España estaba aún en guerra contra Napoleón por su propia liberación, entre 1810 y 1813, careció de recursos navales suficientes para afrontar los emergentes movimientos insurgentes en América. Por tanto, las autoridades realistas debieron armar acá barcos mercantes como corsarios para bloquear los puertos principales de los autonomistas, a objeto de dificultar su comercio, medio de que éstos se valían para obtener recursos bélicos. Pronto se vieron las víctimas del cerco que era necesario combatir a los bloqueadores, y eso debía hacerse con buques; al tenerlos, se le quebraría a España el monopolio del comercio marítimo de las colonias, que siempre había ejercido celosamente. Los insurrectos demoraron en reaccionar, dado que en sus países no disponían de naves de guerra ni de personal idóneo. Fue entre 1811 y 1814 que aparecieron algunas unidades dedicadas al corso. Pero cuando pudieron hacerlo, también España, libre del invasor, pudo disponer de buques y combatientes que ya no se ocupaban en Europa.

En Hispanoamérica había cuatro zonas marítimas importantes, dominadas por los peninsulares desde puntos estratégicos: el mar Caribe, vigilado desde las ciudadelas de Cartagena y Puerto Cabello; el golfo de México, protegido por los castillos de Veracruz y La Habana; el estuario del Plata, defendido por los bastiones de Montevideo y Sacramento; y el litoral americano bañado por el Pacífico, resguardado por los fuertes de El Callao y más al sur los del río Valdivia y Corral, y por último los de Ancud en Chiloé.

De los quince futuros estados en gestación, sólo tres destacan por haber echado las bases de las que serían en el porvenir marinas de guerra: Argentina, Chile y Colombia. Perú creó su marina recién en 1821, tras haber sido liberadas sus costas por la escuadra chilena.

Brasil empezó a figurar en 1822, con una escuadra ya formada, que Juan VI dejó a su hijo Pedro en calidad de príncipe regente, al regresar a Lisboa. Cuando los ecos del "grito de Ipiranga" transformaron a Pedro en el emperador Pedro I del Brasil, dicha escuadra pasó a ser comandada por Thomas Cochrane, que recién había resignado el comando en jefe de la escuadra chilena.

Las nacientes marinas tenían desde luego su misión definida en las zonas antes indicadas. La rioplatense fue la primera en actuar resolutivamente al romper en 1814 el bloqueo de Montevideo, continuando en 1816 con una correría al Pacífico. Para la marina chilena fue un desafío tener que afrontar dos rutas hacia sus costas, de las cuales la del norte, dimanante de El Callao, era una constante amenaza de invasión que se había concretado en cuatro ocasiones; para la vía del Cabo de Hornos, en cambio, ya estaba preparada en 1818, como quedó demostrado cuando desbarató una expedición peninsular antes de que lograra reforzar la plaza de Talcahuano. Para su campaña en el Perú, Bolívar fue primero ayudado por el corsario chileno "Rosa de los Andes", el que llegó incluso a dar un golpe de mano en Panamá; y al final de ella, todas las escuadras del Pacífico bloquearon juntas El Callao, comandadas por el almirante chileno Blanco Encalada.

La marina rioplatense

Gervasio Antonio Posadas, director supremo de las Provincias Unidas del Sur, dispuso en 1814 la organización de la primera fuerza naval argentina sobre la base de buques mercantes armados. Se trataba de crear una marina capaz de impedir el bloqueo del río de La Plata. El ministro Larrea fue encargado de esta misión, para lo cual contrató a varios marinos extranjeros y adquirió los buques.

Guillermo Brown, marino que comerciaba en la región del Plata, fue designado para el mando superior, tarea que aceptó al verse también perjudicado en su giro. Nacido en el poblado irlandés de Foxford, hijo de un modesto colono que luego emigró a los EE.UU., el destino le tenía resevada la ocasión de prestar con el tiempo sus servicios excepcionales en el afianzamiento de la independencia, que le dan derecho a un eterno reconocimiento por parte del pueblo argentino. No pocas circunstancias influyeron para que Brown llegara a incorporarse a tales acontecimientos históricos. Huérfano en plena niñez y sin recursos de ningún género, abrazó el oficio de marinero con ardiente vocación, embarcándose en un buque de guerra norteamericano. Al estallar la guerra entre Francia y Gran Bretaña, se

encontraba ya al mando de un barco mercante; pero los franceses se lo incautaron, llevándolo consigo prisionero a Metz y después a Verdun. Habiendo conseguido fugarse, se dirigió al río de La Plata en 1809. En 1811 adquirió en Buenos Aires una goleta llamada "Industria", con la cual efectuó por algún tiempo el trayecto entre Buenos Aires y Montevideo. El secuestro de dos embarcaciones suyas cargadas con cueros por parte de un buque español, generó en este marino resentimientos que lo indujeron a ponerse al servicio de la insurrección rioplatense.

Los buques iniciales de la escuadra argentina fueron la fragata "Hércules", los bergantines "Céfiro" y "Nancy", las goletas "Julieta" y "Fortuna", la lancha cañonera "Tortuga" y el pailebote "San Luis". La primera misión de esta flotilla consistió en batir a la escuadra española, constituida por dos divisiones: una fluvial, con base en la isla Martín García, llave del río, y otra que guarnecía el puerto de Montevideo de un posible ataque de la escuadra que organizaban los bonaerenses.

El asalto a la fuerza fluvial española produjo a los atacantes la pérdida de dos jefes, tres oficiales y un buen número de marineros. La "Hércules", el buque insignia, se varó durante la vaciante del río Uruguay, pero reflotó con la creciente. Después de fortificar esa isla, Brown se dirigió a Montevideo, donde provocó a la división peninsular, pero éste se mantuvo en su refugio durante un mes. Luego se decidió a atacar con fuerzas superiores. Los argentinos aparentaron huir a la salida del adversario, pero en el momento oportuno la fragata viró en redondo y rompió fuego sobre la "Hiena", buque almirante español, al cual obligó a retirarse con la tripulación diezmada y grandes averías en su casco.

Al caer la noche se suspendió la justa, mas al clarear el siguiente día se reanudó en forma decisiva, de tal manera que el 17 de mayo de 1814 entró victoriosa la escuadra de las Provincias Unidas al puerto de Montevideo, llevando cautivas a las corbetas hispanas "Neptuno" y "Paloma", y al bergantín "San José"; de las demás naves españolas, tres se habían ido a pique bajo el fuego de los cañones y las restantes, que habían encallado en la costa, fueron incendiadas por los vencedores.

Meses después, habiéndose producido en Chile la derrota de Rancagua, nuestro país volvía al antiguo régimen, al tiempo que O'Higgins escapaba a Mendoza con los restos del ejército patriota. Mientras con el apoyo de San Martín se formaba el Ejército de Los Andes, que pasaría en 1817 a reconquistar la independencia de Chile, otros patriotas se abocaban paralelamente a carcomer el poderío realista de aquende Los Andes.

Dos chilenos emigrados, el militar Ramón Freire y el clérigo Julián Uribe, solicitaron ayuda al gobierno de Buenos Aires y entraron a participar en una flotilla corsaria que organizaba el almirante Brown con patente de las Provincias del Plata. El eclesiástico aportó su propia nave, el queche "Uribe". Los otros barcos con bandera argentina eran la fragata "Hércules", la corbeta "Halcón" y el bergantin "Santísima Trinidad", éste, al mando directo de Brown. Contrariando a su gobierno, que a última hora le negó permiso para dirigir la expedición, Brown zarpó con sus buques el 15 de octubre de 1815, haciendo rumbo al Pacífico por el Cabo de Hornos, donde naufragó el "Uribe" con toda su tripulación; el "Halcón" tampoco siguió viaje al punto de reunión, que era la isla Mocha, pero más tarde pasó también al Pacífico y, al mando de Bouchard, se unió a la empresa.

La "Hércules" y el "Santísima Trinidad" recorrieron la costa. El segundo se desvió a Juan Fernández para liberar a los patriotas que el general Osorio había desterrado después de la toma de Rancagua; pero no logró su cometido, por el mal tiempo y el estado del buque después de la travesía por el Cabo de Hornos. El bergantin continuó hacia el norte y, reunido con la "Hércules" de Brown, optaron por atacar El Callao. Frente a dicha plaza apresaron dos fragatas mercantes españolas armadas: "Consecuencia" y "Gobernadora"; en esta última viajaba el gobernador de Guayaquil, general Mendiburo, con su comitiva. La "Consecuencia" llevaba un cargamento de armas, tan bienvenido como el descubrimiento de que ésta era una nave muy velera; agregada a la flotilla con el nombre de "La Argentina", se le completó el armamento.

El ataque a El Callao acaeció en la noche del 20 de enero de 1816. Al día siguiente Brown cañoneó a los fuertes, echó a pique una fragata mercante y rechazó un ataque de botes armados, para luego alejarse sin perder de vista el puerto. El 28 apresó la fragata "Candelaria" y siguió al norte. Tras recalar en las bocas del Guayas en la mañana del 8 de febrero, el almirante se ocultó en la isla Puná para preparar un asalto a Guayaquil; la mala suerte quiso que esa tarde saliera del puerto una goleta, que al divisar a los extraños, regresó esa misma noche a puerto para comunicar el avistamiento.

Al día siguiente se efectuó un desembarco a cargo del capitán Ramón Freire, quien con el apoyo artillero de la Hércules capturó el castillo de las Piedras. El almirante continuó al interior del puerto, donde cundió el pánico en la población; pero al bajar la marea, el "Santísima Trinidad" quedó encallado, siendo asediado por la defensa y hecho prisionero el almirante, que pudo ser canjeado por el general Mendiburo, para lo cual intervino Freire.

Ante la necesidad indispensable de reparar las averías de sus buques, Brown resolvió dirigirse al puerto de Buenaventura, en la

costa del virreinato de Nueva Granada, que estaba en manos de los separatistas. Pero el capitán Bouchard, segundo jefe de la flotilla, se negó a seguirlo y pidió parte del crucero, dando por terminado su compromiso con la expedición. Brown, que era marino caballeroso antes que corsario, arregló fácilmente el asunto. Entregó al insubordinado la hermosa fragata "La Argentina" completamente armada, tripulada y abastecida para un largo crucero; Bouchard le dejó a cambio la "Halcón" y el "Santisima Trinidad", sumamente maltrechos. Brown siguió después en la "Hércules" a Buenaventura a repararlos. Estaba dado a su tarea, cuando una fuerte división enemiga ocupó toda la comarca y días después, el puerto en cuestión. En tal emergencia, el irlandés tuvo que abandonar los dos buques que no podía mover, y en el suyo hizo rumbo al sur, de regreso al río de La Plata. A la altura del Cabo de Corrientes, un buque inglés que salía de Montevideo le dio aviso de que una escuadra hispano-lusitana había ocupado esa plaza y dominaba el río. Brown siguió entonces hasta las islas Barbados, en el Caribe, donde un almirante inglés lo detuvo como pirata y lo despojó de todo, no queriendo reconocer la bandera argentina que enarbolaba, ni la patente expedida por el gobierno bonaerense.

A Gran breña debió partir para entablar un pleito; obtenida una completa reparación, regresó a Buenos Aires a dar cuenta del novelesco periplo.

En esta ciudad fue detenido y sometido a consejo de guerra, por haber desobedecido a su gobierno. Absuelto, se retiró voluntariamente en 1822 a la vida privada hasta 1826, año en que volvió a tomar el mando de las operaciones navales para la guerra contra el Imperio del Brasil.

La marina gran-colombiana.

Restablecido ya Fernando VII en el trono, trató de recuperar sus colonias ultramarinas, pero desprovisto de marina adecuada, se vió en la necesidad de adquirir algunos viejos navios en Rusia para mandar una expedición restauradora de seis mil soldados, encomendada a Pablo Morillo, que de pobre zagal había llegado a ser uno de los cinco jefes de división del ejército español conducido por Javier Castaños en la lucha peninsular contra Napoleón. El general Morillo se dirigió a Cartagena de Indias, puerto caribeño relativamente bien defendido por los separatistas neogranadinos. La escuadra real, compuesta por varias fragatas y buques menores, bloqueó la plaza con toda rigidez desde el 24 de octubre de 1815. En un primer bombardeo que no

arrojó resultado perdió una de sus cañoneras, capturada por una goleta independentista. Corroída por el hambre, la guarnición colombiana adoptó un partido desesperado: embarcándose en trece goletas armadas, se abrió paso el 7 de diciembre de ese año entre los buques bloqueadores, y lanzando fuego por todos sus cañones escapó a la isla La Española.

Entonces Bolívar, al mando de las tropas separatistas, decidió atacar a los realistas. Ayudado por Louis Brion, un comerciante francés domiciliado en Venezuela, pero tan ardiente americanista como el que más, organizó la expedición. En abril de 1816, embarcados en las mismas goletas que habían arrancado de Cartagena y con mil soldados, zarparon de Santo Domingo y tomaron por asalto el puerto de Pampatar, en la isla Margarita, después que las goletas de Brion, quien había tomado a su cargo la parte naval de la expedición, capturara dos goletas españolas, "Rita" e "Intrépido", tras un sangriento combate.

La ocupación de la isla Margarita era de gran importancia estratégica, pues dominaba la ruta a los puertos colombianos y el acceso a la boca del Orinoco. Brion se ocupó entonces de organizar la naciente marina, de tal manera que en febrero de 1817 contaba con diecinueve pequeños buques convenientemente armados. Con esta flotilla, Bolívar pudo atacar a los realistas en diferentes puntos, y aunque la superioridad de fuerzas que Morillo podía oponerle lo indujo a reembarcarse, cambió su objetivo, dirigiéndose a la provincia de Guayana, en la desembocadura del Orinoco. Bolívar se disponía a entablar sitio a Angostura -actual Ciudad Bolívar- en tanto que Brion remontaba el Orinoco par atacarla por la vía fluvial. Este almirante seccionó su flota en dos: con los buques grandes bajo su directo mando permaneció en el mar frente a la desembocadura, mientras las "flecheras" -especie de galeras armadas con dos cañones y manejadas a vela y remo- siguiendo la costa a cargo del capitán Díaz, remontaban uno de los brazos del río. El 7 de junio de 1817 Díaz fue atacado por una flotilla de flecheras realistas al mando del comandante Ubareda, quien se ganó una gran derrota a pesar de su superioridad. Brion, impelido por los vientos contrarios y el mal tiempo a abandonar su puesto, al saber de esta victoria pocos días después, se decidió a remontar también el río hasta punta Cabrián, donde desembarcó cañones y se fortificó.

Combate de Angostura y campañas posteriores de Brion

Después Brion continuó metiéndose Orinoco adentro hasta enfrentar a Angostura, que Bolívar sitiaba enérgicamente. Los realistas, conjeturando que no podrían resistir el cerco, se embarcaron en veintiocho faluchos y se deslizaron río abajo, forzando el paso de punta Cabrián para ser perseguidos después por Brion, que les capturó catorce embarcaciones y mil quinientos soldados.

El mar Caribe, las Antillas y todo el golfo de México estaban a la sazón infectados de corsarios, que con sus banderas bonerenses, neogranadinas u otras, atacaban sin cesar a los buques españoles. Un norteamericano, después de varias correrías al mando de una flotilla de corsarios, quiso reunirse con Brion para seguir juntos la guerra contra las posesiones hispanas; pero Brion abandonó pronto esta asociación, al percatarse de que era un sistema de disimulada piratería.

En seguida la flota de Brion prestó otros muy eficaces servicios a la campaña de Bolívar. Cuando éste liberó Bogotá el 8 de septiembre de 1819, Brion iba tras la captura de Sabanilla y Santa Marta, en la costa caribeña de Nueva Granada.

Durante un armisticio de seis meses entre los ejércitos de Morillo y Bolívar, (Diciembre de 1820) la ciudad de Maracaibo se sublevó y proclamó su independencia. El general español La Torre sustituyó a Morillo, llamado a España. Reanudadas las hostilidades en abril de 1821, Bolívar ganó en Junio la batalla de Carabobo, que le abrió las puertas a Caracas y forzó a sus adversarios a encerrarse en La Cueva. Medió entonces el almirante Jurien de la Gravière, que mandaba una escuadra francesa anclada en ese puerto permitiéndose a La Torre evacuar sus tropas a Puerto Cabello en buques de aquél.

Fallecido Brion en la isla de Curacao, las operaciones continuaron por cuenta del comandante Padilla, a la sazón jefe de las llamadas "fuerzas sutiles". Padilla bloqueó Cartagena con treinta y tres embarcaciones de guerra, más el apoyo de tres bergantines independientes, mientras el general Montilla la sitiaba por tierra. En la noche del 24 de Junio de 1821 la flotilla naval, mediante un ataque por mar coordinado con un asalto terrestre al castillo de San Felipe, desbarató a las fuerzas de lanchas cañoneras realistas y tras una brega de tres horas capturó once barcos y hundió un bergantín. Este combate de "la noche de San Juan" trajo como epílogo la rendición de los fuertes de Boca Chica pese a lo cual el gobernador español resistió en la ciudad fortificada hasta el 10 de Octubre de 1821. En premio, Padilla fue nombrado General de Brigada, aunque se le reconoció comúnmente con el tratamiento de "Almirante".

España envió por esos días desde La Habana al comodoro Laborde con una fragata, una corbeta, dos bergantines y una goleta a batir a la escuadra colombiana que bloqueaba Puerto Cabello. Aprovechándose de la ausencia de Bolívar, que guerreaba en el interior del país, desembarcó un pequeño cuerpo de tropas con el cual el general José Tomás Morales retomó Maracaibo en Septiembre de 1822. Laborde regresó enseguida a Cuba para atacar a los piratas que pululaban a su alrededor. Durante su ausencia, una división de buques independentistas volvió a bloquear Puerto Cabello, pero el 1° de mayo de 1823 Laborde la sorprendió, conminándola a rendirse después de una heroica resistencia. El capitán Renato Beluche pudo escapar con su bergantín "Independiente" a reunirse con Padilla.



Batalla del lago Maracaibo (24 de julio de 1823)

Después de la recaptura realista de la plaza de Maracaibo, la fuerza naval colombiana se había desplazado a la península de Paraguaná, que cierra por el oriente el golfo de Venezuela. Desde fines de marzo de 1823 la escuadra de Padilla, compuesta de una corbeta, cuatro bergantines, ocho goletas y varios buques menores, se basaba en el puerto de Los Taques. El plan de operaciones aprobado por el mando supremo patriota contemplaba atacar Maracaibo con la escuadra, mientras el general Montilla operaba por tierra.

La derrota de Puerto Cabello presagiaba la concurrencia de Laborde a enfrentar la flota republicana, lo que movió al Almirante a entrar al lago de Maracaibo para así inhibir la actuación de las naves más grandes. Para ello debía forzar la barra y la bahía del Tablazo que lo separaba del mar.

La escuadra gran-colombiana se puso en movimiento en la tarde del 7 de mayo de 1823, batiéndose durante la noche con el castillo de San Carlos que defendía el paso. Luchando contra los fuertes y maniobrando para zafar los buques, que en su mayoría vararon en los bajos del Tablazo sin ser molestados por las naves realistas surtas en esa bahía, la escuadra logró quedar a salvo el día 14 en la boca del lago. Frente al puerto de Maracaibo se encontraba una formación enemiga de once buques mayores, contra la que los republicanos se trabaron en una reñida acción en la mañana del 20 de mayo. La refriega concluyó con la retirada de los realistas al amparo de sus fortalezas, donde se mantuvieron eludiendo todo encuentro con Padilla. De hecho, Maracaibo quedó bloqueado por los republicanos.

En las semanas siguientes el almirante se movió libremente dentro del gran lago. Su intención era tomar contacto con las tropas que avanzaban hacia Maracaibo, sin lograrlo; pero a mediados de junio supo que el general español Morales había salido de la ciudad a enfrentar al general Montilla, dejando debilitada la guarnición. Ello incitó a Padilla a atacar la plaza, lo que realizó el día 16 con un desembarco apoyado por los cañones de los buques. La plaza cayó en poder de los atacantes, pero tres días después hubieron éstos de reembarcarse ante el regreso del ejército de Morales.

Un mes más tarde arribaba a Los Taques la escuadra española que mandaba el Capitán de Navío don Angel Laborde y Navarro, quien izaba su insignia en la fragata "Constitución". En ese puerto debió dejar a la fragata y a la corbeta "Ceres", que por su mayor calado no podían surcar la barra de acceso ni las aguas someras de la bahía del Tablazo. Así pues, embarcado en la goleta "Especuladora" y reforzado por la flotilla que se apostaba en Maracaibo, el 16 de julio entró en la bahía, quedando su fuerza compuesta de quince buques mayores y diecisiete menores. Los republicanos contaban con diez mayores (tres bergantines y siete goletas) y doce sutiles. El almirante Padilla mandaba su escuadra desde el bergantín "Independiente".

Las condiciones de viento y la pérdida de oportunidades en el bando realista, a causa de disensiones internas, mantuvieron separadas a las flotas hasta el día 24, cuando pasadas las 14 horas una brisa favorable permitió a los gran-colombianos levar anclas y zarpar desde las costas de Altagracia al encuentro de la escuadra de Laborde. Esta se encontraba a la sazón fondeada y acoderada frente a la costa aledaña al puerto de Maracaibo.

A las 15:45 el jefe naval español abrió fuego de cañón y fusilería. Pero más que en duelos de artillería, el combate se resolvió en favor de la parte que tenía mayor movilidad: la de Padilla, que la aprovechó para abordar a los contrarios. En esta acción se vieron favorecidos por el viento, que facilitó el abordaje. Los separatistas ejecutaron la orden con entusiasmo; algunos tripulantes subieron por alto a despedazar las velas y amarras en algunos barcos, como fue el caso del bergantín "Marte", que combatió con tres goletas. La goleta "Manuela Chitty", del comandante Félix Romero, y la "Leona", del comandante Juan Mackan, atacaron a tres goletas. En la "Antonia Manuela" perecieron todos al ser superados por los españoles. Una de las naves realistas se incendió y comunicó el fuego al bergantín vecino "Esperanza", que voló hecho pedazos por explosión de su santabárbara. A las 18:45 la batalla había terminado. Algunos españoles se rindieron y otros se batieron en retirada.

La plaza de Maracaibo se rindió el 3 de agosto, quedando entonces Puerto Cabello como último baluarte realista en Venezuela, el que bloqueado por mar y sitiada por tierra, capituló el 8 de noviembre de 1823. La independencia de la Gran Colombia -formada por las actuales repúblicas de Venezuela, Colombia, Panamá y Ecuador- estaba así asegurada.

La marina gran-colombiana siguió señoreando en el Caribe. Es así como el 24 de abril de 1825 las corbetas "Bolívar" y "Boyacá" capturaron a la corbeta española "Ceres" después de un prolongado duelo de artillería.

También flameó la bandera gran-colombiana en el Pacífico, aunque sólo después de haber desaparecido el poder naval español al empuje de la escuadra de Cochrane. Su principal contribución a la lucha emancipadora se verificó entre 1824 y 1825 con la participación de la corbeta "Pichincha" y los bergantines "Chimborazo" y "Guayaquileña" en la fuerza naval combinada que al mando de Blanco Encalada apoyó la campaña militar de Bolívar en el Perú. Dicha fuerza mantuvo entre enero y octubre de 1825 el bloqueo de El Callao, último bastión realista en tierra firme sudamericana, tenazmente defendido por el general Rodil. La división naval colombiana estuvo a las órdenes de Juan Illingworth, antiguo comandante del corsario chileno "Rosa de Los Andes".

Algunas palabras sobre el vencedor de Maracaibo

El vencedor de Maracaibo, José Prudencio Padilla, era de humilde origen. Hijo de un negro fabricante de piraguas y de madre guajira,

nació en Río Hacha hacia 1780. A los catorce años de edad comenzó su carrera en el mar como modesto tripulante en la Armada Real española. Se encontró en la batalla de Trafalgar, en 1805, en donde cayó prisionero de los ingleses. En 1808 volvió a España y luego a su tierra natal. En Cartagena de Indias fue contramaestre y al producirse allí la sublevación separatista pasó a servir en las fuerzas sutiles, de las que pronto sería su comandante.

En 1815 fue nombrado Alférez de Fragata, ascendiendo en rápida carrera hasta el rango de oficial general que alcanzó en 1821 después del combate llamado "de la noche de San Juan" ante Cartagena.

Después de su triunfo en Maracaibo continuó como jefe superior del Departamento Marítimo que comprendía toda la costa Atlántica neogranadina, incluida Panamá.

Víctima de una intriga montada por el general Montilla -quien le guardaba antiguo rencor- el Almirante cayó en desgracia ante Bolívar, acusado e instigador de un complot contra el Libertador. Condenado por traición, tras un inicuo proceso, murió fusilado el 2 de octubre de 1828.

Conclusión

La independencia de los países americanos, lograda con sangre en los campos de batalla, no habría podido sostenerse si España hubiese contado con el dominio marítimo. Para fortuna de los "insurgentes" o "patriotas", lejos estuvo de disponer de un poder naval adecuado al enorme desafío que se le planteó en dos vastos océanos. Aún así, siendo el mar un medio insustituible para el transporte de tropas, bastimentos y suministros, como también de fundamental importancia para la vida económica de los pueblos, fue indispensable para los nuevos gobiernos asegurarse la libertad de su uso y negársela a sus enemigos.

De ahí surgió el imperativo para ambos bandos de improvisar fuerzas navales, las que protagonizaron las singladuras marineras de la gesta emancipadora. Bien conocemos el rol trascendental que para Chile y América jugó la escuadra victoriosa de Cochrane. Menos conocido para nosotros es aquel desempeñado por otras marinas de nuestro continente. A través de esta breve reseña hemos querido presentar una visión de la contribución, igualmente decisiva para la independencia americana, de las noveles escuadras de dos naciones emergentes de la hispanidad: las Provincias Unidas del Plata y la Gran Colombia.

Bibliografía.

- 1.- HISTORIAL NAVAL ARGENTINA Teodoro Caillet-Bois.
- 2.- VIDA DEL ALMIRANTE JOSE PADILLA Enrique Otero D'Costa.
- 3.- LA BATALLA NAVAL DEL LAGO DE MARACAIBO Antonio Eljuri-Júñez S.
- 4.- LA ARMADA DE CHILE, DESDE LA ALBORADA HASTA EL SESQUICENTENARIO Rodrigo Fuenzalida Bade.
- 5.- HISTORIA NAVAL MUNDIAL Carlos A. Aguirre Vio.